

CIUDADANIA Y PARTICIPACION

Luis A. Aranguren Gonzalo

1.- Convocados a participar¹

La realidad que día a día vivimos nos convoca y compromete. Nosotros encontramos en la participación un cauce adecuado como forma de actuación personal y colectiva – organizada- en aquellos problemas y situaciones que nos afectan como ciudadanos de nuestro barrio, de nuestro país, de nuestro planeta. De algún modo también estamos convocados por nuestro afán participativo. Queremos ser protagonistas de las futuras políticas que se viertan sobre los diversos campos en los que nos movemos y, en lo posible, deseamos que esas políticas no se hagan tanto *para* los colectivos afectados cuanto *desde* esos mismos colectivos.

Para los que transitamos por los mares seductores del voluntariado, la *participación* está arraigada entre nosotros como una de las matrices culturales que nos identifican y que configuran un cierto estilo de vida. *Las matrices culturales* describen las visiones del mundo y los marcos de orientación y de comportamiento colectivo. Configuran buena parte de nuestros sueños en la certeza de que no tenemos un mundo como es debido. Su función es dotar a las gentes de sentido e identidad. En nuestro occidente moderno hemos vivido dos grandes pasiones históricas: la conquista de la *libertad*, que da lugar a los Regímenes democráticos caracterizados por la defensa de las libertades y que se plasman posteriormente en la formulación de los Derechos Humanos; en segundo lugar, desde la lucha emancipatoria del mundo obrero, se alumbró la lucha por la *igualdad*, que desemboca a lo largo de este siglo en la eterna corrección de un capitalismo reconvertido en Estado de Bienestar, donde la universalización de derechos básicos como la sanidad o educación suponen avances que no tienen punto de retorno.

De la famosa tríada de la revolución francesa (igualdad, libertad, fraternidad), la fraternidad, o la secularizada solidaridad es, sin duda, la más molesta, pues cuestiona la humanización de todas las personas en todos los lugares, y eso, aún nos queda lejos. Sin duda, con razones de diverso tipo, nos abonamos a la defensa de nuestros intereses. Sin embargo, en nuestro quehacer societario, la matriz cultural de la *participación*, entendida como participación solidaria, se hace un hueco junto con la libertad y la igualdad.

La participación nace de la conciencia de que los problemas con los que convivimos en nuestra sociedad tienen soluciones, y éstas pasan por la participación activa y en la confianza de que esa apuesta agiliza y acelera las soluciones buscadas. En nuestra reciente historia, la participación en las Asociaciones de Vecinos ha hecho posible que las políticas Municipales, esto es, la configuración de los barrios se haga de una manera y no de otra.

¹ Lo que se expone en esta ponencia se basa en lo que escribí en el libro *Cartografía del voluntariado*, PPC, Madrid, 2000.

Los mínimos en los que se asienta la cultura de la participación podríamos considerar que son los siguientes:

- la cultura de la ciudadanía: nos sentimos miembros de una polis, de un territorio, de unas posibilidades que nos pertenecen, no como propietarios, sino como protagonistas de nuestra historia.
- La cultura de la transformación: se participa en aquello que se desea transformar. Desde esta perspectiva, la participación representa un modo peculiar de profundizar en la democracia.

El voluntariado de acción social bebe de esta fuente, y se hermana con la cultura de la ciudadanía (según la cual los voluntarios son ciudadanos que asumen el derecho a participar en aquellos asuntos que les afectan como tales), y se vincula con la cultura de la transformación, en tanto que propicia una sociedad inclusiva incidiendo en las causas que propician la exclusión social. Otra cosa serán los voluntariados culturales o deportivos, igualmente legítimos, que sin embargo no se entroncan en esta tradición.

2.- Participad, malditos participad

Sin embargo, somos conscientes de que en la actualidad se nos habla de participación desde esferas políticas, económicas, mediáticas y sociales de naturaleza bien diversa. El lenguaje de la participación resulta perverso, pues con el mismo término se pueden fomentar modelos de persona y horizontes de sociedad absolutamente antagónicos. Sería oportuno, pues, detenernos y desenmascarar algunas de estas perversiones que se realizan en el nombre de la participación. Para ello tendremos en cuenta las reflexiones de Joaquín García Roca² respecto a las matrices culturales que desde la Modernidad han modelado al mundo occidental. En nuestro caso, esta reflexión se ceñirá a las manipulaciones que ha sufrido la matriz cultural de la participación, y su relación con el voluntariado.

- Desde el *Estado de Bienestar* se ha fomentado la participación *verticalista*, de arriba hacia abajo, desde un Estado máximo que actúa como el gran animador de una sala de juegos. "Hagan juego, señores, pero yo reparto las fichas y pongo todas las condiciones". Esta es la manera de realizarse en estos años la promoción del voluntariado desde la ley estatal y demás leyes autonómicas. El auge del Estado de Bienestar ha coincidido con la elaboración de un inconsciente colectivo sumamente peligroso y que se expresa así: todo en manos del Estado. En este contexto el voluntariado es un residuo de un tiempo asistencialista que no ha de volver; en todo caso, y allí donde no llegan los poderes públicos se consiente un voluntariado provisional controlado por esos mismos poderes. La participación queda monopolizada por los arquitectos e ingenieros sociales que entienden la exclusión social desde parámetros exclusivamente técnicos y donde la sociedad civil organizada poco o nada tiene que hacer.

² Cfr. GARCIA ROCA, J., *En tránsito hacia los últimos*, Sal Terrae, Santander, 2001

Desde el *neoconservadurismo* se ha fomentado la participación *cálida* a través de la absolutización de las mediaciones y de las estructuras intermedias humanizadoras (familia, asociaciones, Iglesias, etc.) como forma de compensar el desequilibrio creado por la lógica mercantilista y economicista de una jaula de hierro dura e inhumana. En efecto, siguiendo la conocida simbología de Max Weber, la jaula de hierro personifica la estructura capitalista donde la esfera económica se ha adueñado del terreno político y del cultural. La lógica eficazista y productivista interfiere en todos los estratos de las actuaciones humanas: desde la persecución de una u otra oposición hasta la continua actualización del *curriculum vitae*, en forma de *masters*, cursos de formación permanente, etc. Es preciso que el huésped de esta jaula, donde no tiene tiempo ni para cantar, salga afuera y se relaje; pero que salga no al aire fresco, sin más, sino que participe en la *jaula de goma*, una jaula más flexible y llevadera que la anterior. En esta nueva jaula caben diversas posturas: los hay que optan por la velocidad y el alcohol como garantes de una mínima identidad colectiva, labrada en las nuevas tribus urbanas de las que muchos jóvenes se sienten partícipes. Desde otro punto de vista, el neoconservadurismo reclama para sí el retorno a estructuras intermedias donantes de sentido: la familia, las Iglesias, las asociaciones de las más variadas tendencias. En este sentido, se integra la propuesta del voluntariado como una posibilidad de lograr las vinculaciones humanas y el clima favorable para desarrollarse como persona en un contexto productivista sumamente negativo para el ser humano.

La restauración de la vida asociativa y comunitaria perdida se convierte así en un ejercicio de aproximación a lo que hoy entendemos como creación de vínculos, redes y lugares de encuentro y de respiro. En manos del neoconservadurismo, se deposita en el voluntariado el protagonismo de la atención a los sectores más desfavorecidos y se incentiva un tipo de participación que favorece el encuentro interpersonal, el vínculo próximo, en detrimento de una participación organizada que promueva cambios estructurales y globales.

- Desde el *neoliberalismo* se fomenta la participación *fragmentada*, intentando individualizar al máximo los cauces de expresión organizada. En el sector solidario hemos detectado con fuerza esta inercia. Se trata de fomentar el voluntariado de uno en uno (a través de bolsas de voluntariado que acentúan la tarea individual antes que la pertenencia relacional y organizativa). Se busca un voluntariado que haga cosas, que tape huecos, que sea bonachón, pero que no se organice, que no se revuelva en la calle, que no se oiga demasiado. En esta situación corremos el grave peligro de contar con un voluntariado y con unas organizaciones del tercer sector, correa de transmisión de las grandes transnacionales y agentes de pacificación del Nuevo Orden Mundial; un voluntariado cómplice de la retirada progresiva del Estado del campo de las políticas sociales y de la

dejación de éstas en manos de las organizaciones de solidaridad; un voluntariado que abarata los costes de la justicia social que debe exigirse a quien gobierna. Ciertamente es que la solidaridad es un patrimonio demasiado caro como para adjudicárselo a un solo propietario, pero las cargas hay que repartirlas con sentido de equilibrio y de honradez ética y política.

- Desde los *grandes grupos mediáticos*, agentes de la globalización económica y agentes socializadores de una solidaridad blanda y no conflictiva, se fomenta una participación *políticamente correcta*, que en parte socava alguno de los pilares de una auténtica participación y que tienen que ver con saber estar en la realidad y conocerla; en nuestra actual situación la simulación y la era virtual gana al acontecimiento real. La participación igualmente precisa de personas y sujetos que piensen por sí mismos y se aboquen a tomar decisiones concretas; en nuestra cultura de la velocidad mediática, la opinión gana a la reflexión. La participación, por último, precisa de una orientación explícitamente ética hacia la solidaridad. Desde los grandes grupos mediáticos observamos con frecuencia un tratamiento del voluntariado como participación en una cierta moda efímera y posmoderna, que rellena tiempos vacíos y saca a flote algunos de los brotes compasivos de ciertos seres humanos. De este modo se fomenta la participación que compromete lo mínimo y asegura –o al menos no cuestiona- el nivel de vida conseguido.

3.- En medio de una participación amordazada

Con ser la participación una matriz cultural llena de sentido, hemos podido constatar que asistimos a maniobras interesadas en distraernos hacia modelos de participación epidérmicos, poco comprometidos y escasamente arraigados en la realidad social que duele y que clama apuestas más arriesgadas. Todo esto acontece en un momento de cierto auge solidario que hemos de desenmascarar y denunciar. Podríamos afirmar, por tanto, que nos encontramos en nuestras sociedades prósperas ante un modo de *participación amordazada*, resultante de la perversión ideológica mostrada en el punto anterior, en cualquiera de sus variantes, a lo cual hay que unir la atmósfera posmoderna en la que vivimos; somos la excepción del planeta, y una participación radical pondría en tela de juicio que los derechos que no gozan la mayor parte de la población se convierten en privilegio para nosotros. Conviene, pues, poner manos a la obra para descubrir aquella falsedad que nos pone en el camino de hacernos verdaderos a nosotros mismos.

Estos son algunos indicadores de la participación amordazada:

- El valor guía de la participación amordazada no es la solidaridad, sino la *seguridad* entendida en términos de defensa frente a lo diferente. El peligro social en nuestros días no radica tanto en la acción de los cabezas rapadas racistas y xenófobos, que ciertamente protagonizan la expresión de los antimovimientos sociales, sino en la ciudadanía normalizada que vive como peligro y alarma social aquello que no casa con su patrón de conducta; así, siembra –sembramos- miradas de sospecha hacia los chavales de la calle, los toxicómanos, las personas sin hogar, los inmigrantes. Nuestros barrios se movilizan y participan activamente en el cierre de un Centro de Atención a Drogodependientes, en la no apertura de comedores para personas sin hogar o en la expulsión de inmigrantes sin papeles y con suciedad. La seguridad nos pone en permanente situación de alerta frente a lo desconocido, frente a lo que, sencillamente, ignoramos. Como dice Galeano, el miedo es la materia prima de las prósperas industrias de la seguridad privada y del control social. El miedo y la ignorancia generan fantasmas que difícilmente se pueden aplacar. Poco a poco nos vamos volviendo vigilantes del prójimo y prisioneros del temor tantas veces infundado. En todos estos ejemplos nos encontramos con alarmantes síntomas de regresión democrática.
- La participación amordaza *no cuestiona* en absoluto el mundo en que vivimos, ni hace frente a las causas que generan la exclusión social. ¿Dónde están los que no participan del estilo de vida posmoderno y bienestante? Desde esta situación nunca se configurará como una participación transformadora de lo real. Por el contrario, se pretende mantener a cualquier precio el *desorden establecido*. No olvidemos que se trata de modelos de participación acordes con la cultura de la satisfacción en la que vivimos instalados.
- La participación amordazada camina por la senda de la *impersonalidad*. Vivimos en la panacea participativa donde se invita a imitar al ídolo de turno, a correr la maratón popular, a bailar en la verbena popular, a visitar el Congreso de los Diputados, para mayor gloria de la democracia participativa. En estos y otros casos, a mayor participación menor capacidad de pensar por uno mismo. Es la participación amorfa, impuesta como impuesto democrático. En el comienzo de la transición democrática española, Carlos Díaz nos advertía del grito eufórico del momento: “participad, malditos participad”³. Una participación que finalmente transita por el reino impersonal del “se”: se dice, se hace. La conveniencia y la adopción de la moda de turno gana a la personalización, al pensamiento propio y crítico.
- La participación amordazada premia el protagonismo de la *pasividad*. Se es solidario desde el sillón. La participación está protagonizada por espectadores que vemos, oímos y nos ajustamos convenientemente a lo que los medios de comunicación de masas nos cuentan que dicen que pasa o nos dictan qué hemos de hacer. Telemaratones, noticiarios, dibujos animados, películas, todo ello configura un sometimiento neuronal que permite que habitemos en la Telepolis de la que habla Javier Echeverría, caracterizada

³ Cfr. DIAZ, C., *Juventud 1985. Por la participación y la paz*, S. Pío X, Madrid, 1985, 38.

por una participación pasiva, donde a lo más que llegamos es a ser espectadores de los espectáculos que nos ofrecen.

- La participación amordazada desemboca, en nuestro terreno concreto, con la peligrosa *normalización* del voluntariado. El voluntariado no es cosa de héroes, sino de ciudadanos. Y ello constituye una buena noticia. Y es bueno que el voluntariado sea cosa de jóvenes, de personas jubiladas, de amas de casa, de gente cualificada y sin cualificar, de personas que, en definitiva deciden regalar su poco o mucho tiempo liberado para estar en el lado oscuro de la humanidad, con los que peor lo pasan. Y esto merece, al menos, nuestro reconocimiento como ciudadanos. Otra cosa es que la normalización camine por la senda de la regulación legal en forma de laboralización del voluntariado y de domesticación de buena parte de su función crítica y transformadora de la realidad.

4.- Los movimientos de solidaridad

La agenda de la solidaridad ha de tener en cuenta las modificaciones culturales que acontecen en el marco de los compromisos personales y de los modelos de participación al uso. En cierta forma, la participación amordazada de la que hemos dado cuenta en las páginas precedentes se ha beneficiado de un espacio vacío propiciado desde la sociedad civil por la caída vertiginosa de los clásicos-nuevos movimientos sociales de carácter eminentemente reivindicativo, que acompañó en parte a la otra “caída”, la del muro de Berlín, y con ella la traslocación de referentes políticos y utópicos .

La última década del siglo XX, representa el auge de los valores que hacen de la solidaridad un espacio común de entendimiento y praxis compartidas por nuevos sujetos, otrora ausentes de las prácticas participativas. Ibarra y Tejerina plantean la llegada de los movimientos por la solidaridad, como la nueva versión de unos movimientos sociales (pacifistas, ecologistas, feministas, etc.) que hicieron crisis en los años ochenta. A diferencia de éstos, los movimientos por la solidaridad (ONG , voluntariados, grupos de autoayuda, etc.) se caracterizan por⁴:

- una identidad colectiva poco densa, débil y, en ocasiones, compartida con otras entidades colectivas e individuales;
- Unos sistemas de creencias mestizos, difusos, sin pretensión de coherencia global ni de plantear alternativas globales;
- priorizan la acción cooperativa con otros sectores (mercado y estado) frente a la opción estratégica por el conflicto;
- institucionalmente formalizados, estructurados, frente a la espontaneidad y espacio para la creatividad de otros movimientos clásicos.

Este análisis puede interpretarse como negativo o como reivindicativo de un modelo que ya no está en alza, el de unos movimientos sociales y un modelo de participación solidaria concebida desde unas claves de:

- una identidad colectiva fuerte, homogénea y sin fisuras;

⁴ Cfr.. IBARRA, P. Y TEJERINA, B., *Los movimientos sociales*, Trotta, Madrid, 1998, 15-18.

- un discurso con pretensiones de aglutinar la alternativa global cultural y política;
- una opción estratégica por el conflicto, viniera como viniere y a cualquier precio;
- una forma de organización absolutamente espontánea, asamblearia, donde prima a todos los efectos lo no convencional.

Es posible que alguien eche de menos este modelo de participación organizada donde todos nos podamos reconocer como vanguardia de transformaciones estructurales y narradores de los grandes metarrelatos, es decir, de las grandes palabras que expresan anhelos e ideales por los que merece la pena vivir y dar la vida: la justicia, la paz, el cambio social. Puede que observemos con cierto recelo estos movimientos de solidaridad, de los que formamos parte, porque se trata de figuras de un paisaje diferente al de hace algunas décadas.

En mi opinión, las claves de comprensión de los movimientos por la solidaridad, lejos de ser expresiones de algo negativo o deficiente, entiendo que constituyen en estos momentos una buena pista de salida. Ahora bien, quienes añoran tiempos pasados han de hacer frente a los fantasmas ideológicos que les colocan con frecuencia en el terreno de la intransigencia o de la nostalgia. Cuando la *pluralidad* se asoma a las identidades, la *cooperación* a las acciones, la *modestia* a las propuestas y la *estructura* a las instituciones nos puede asaltar el miedo a la pérdida de una pureza (identitaria, ideológica, práxica y organizativa) que simplemente no existe. Por eso creo que:

- La pluralidad no es el relativista todo vale: es un hecho y una riqueza cultural; no podemos agotar un modelo de participación uniformista, unidimensional, monocromática; la pluralidad no amenaza a la identidad, la enriquece; no la arrincona, la actualiza; no la desprecia, la dinamiza. La defensa de una pureza identitaria paraliza la acción colectiva, entendida como apuesta mancomunada por una transformación que precisa de la unión de fuerzas cooperantes. La pluralidad de visiones nos aboca a la construcción de unas *identidades mestizas*, referidas a planteamientos y criterios de actuación comunes, en un terreno que no pertenece a nadie en exclusiva, y es de todos. La pluralidad nos hace habitantes de marcos de referencia felizmente compartidos por organizaciones que con demasiada frecuencia han hecho vidas y recorridos paralelos, cuando se encuentran más cerca unas de otras de lo que ellas mismas se piensan; la pluralidad por la que asoman identidades compartidas facilita la acción colectiva, reivindicativa y propositiva –en fin política- en un momento donde la fractura entre social entre la economía globalizada (en manos de unos pocos) y la defensa de ciertas identidades de carácter étnico, religioso o cultural deja escaso margen a los movimientos por la solidaridad.
- La cooperación no es venderse al otro (ya sea éste el Mercado, el Estado u organizaciones del Tercer Sector), es estrategia sinérgica cuando se hace desde criterios éticos; no está reñida con la disidencia cuando ésta pide su presencia: Se puede llegar a situaciones de “colaboración disidente”, tensa, inestable, pero necesaria. Cooperar no es dejarse avasallar, ni tampoco imponer nuestros criterios como si fueran los únicos; cooperar es creer que actores sociales diversos estamos en la misma tarea desde lógicas distintas que desembocan en la realización de marcos políticos y sociales consensuados.

- La modestia en las propuestas no es una rendición ideológica; significa una búsqueda de una verdad compartida, de la que somos co-participes y no propietarios; y nuestras propuestas se verifican en la acción, rescatando el valor del inédito viable, en la certeza de que lo nuestro son “cosas chiquitas”, como glosa Galeano, que no acaban con la pobreza ni nos sacan del subdesarrollo en dos días, pero se traducen en actos que inciden sobre la realidad y la cambian, “aunque sea un poquito”. La modestia nos sitúa en el terreno de la posibilidad y en el encuentro cordial con el límite, sin que por ello tengamos que maldecir a nadie –tampoco a nuestras torpezas y lentitudes- o gastar energías de modo innecesario.
- La estructura de las instituciones no significa la asfixia de los valores que los impulsan, sino una condición de posibilidad que todo colectivo precisa para historizar aquello en lo que cree. Ello requiere dinamizar al máximo la posibilidad de participación de los propios asociados en sus instituciones, en sus estructuras de gestión, dirección y evaluación.

Las organizaciones sociovoluntarias participan de un movimiento global que escribe la palabra “solidaridad” con minúsculas, con la conciencia de que no es su propietaria ni está destinada a capitanear el barco de la quimérica internacional solidaria. Habrá que dar los pasos ajustados para *mundializar la solidaridad* en contextos de globalización económica; habrá que incentivar la carga utópica que nos despabile ante tanta tibieza de espíritu; pero esta tarea sólo puede concebirse de modo procesual, paso a paso, sin mesianismos ni nostalgias.

5.- Por una participación solidaria

En pleno auge mediático, debemos estar atentos ante los numerosos cantos de sirena que nos transportan a una sociedad participativa en estado idílico. Tanta convulsión en el fenómeno participativo no lo podemos aislar de un contexto cultural y social igualmente conmocionado. En parte, asistimos, como asegura Alain Minc, al retorno de una nueva Edad Media, oscurantista, violenta y gris. Y esto es importante ya que "a un universo estable le corresponde un análisis sofisticado; a un universo inestable, reacciones primarias"⁵. Nos encontramos en un *cambio de época*, global, a todos los niveles, con la sensación real de pisar suelos resbaladizos, donde nos faltan “perchas” a las que asirnos, palabras con las que entendernos y gestos en los que encontramos. A falta de convicciones con las que vivir, la sospecha se ha instalado entre nosotros. Habitamos en un "mundo roto", como retrató Gabriel Marcel, que se asemeja a un reloj donde todo está en su sitio, pero que finalmente ha dejado de latir.

Ante este panorama, ¿hacia qué modelo de participación solidaria hemos de tender?

⁵ MINC, A., *La nueva edad media*, Temas de Hoy, Madrid, 1994, 135.

* *Recrear la sociedad civil organizada*

Importa tomar conciencia de que somos una gota de agua en un océano, y que eso tiene la importancia que tiene, ni más ni menos. Desde el punto de vista de la cultura participativa, en España apenas el 22% de los españoles dice estar asociado a algo, y sólo un 12% reconoce tener un papel realmente activo en la entidad a la que pertenece. En otras palabras, el 78% de españoles no entra en la dinámica de la participación activa. De tan escasa participación, la mayor parte de ella se la lleva la que se vincula a actividades culturales entendidas de modo amplio (artísticas, deportivas, literarias, científicas, costumbristas, etc.). Las asociaciones filantrópicas, donde se encuentran los movimientos de solidaridad, pese a su notable incremento durante la última década del siglo XX, se queda en un 4,5% respecto al total de asociaciones⁶.

Siendo realistas, que no catastrofistas, hemos de hacer frente a la escasa cultura participativa que hemos vivido en el Estado español durante no pocas décadas. En el informe de la Fundación Encuentro sobre la sociedad civil en España, se señala el lastre de la larga dictadura política que padecimos y que “secuestró toda la vida pública, alejando así todas las preocupaciones colectivas de unos ciudadanos a los que se les pedía que se dedicaran a lo suyo, y el resultado no podía ser otro que la apatía, el desinterés y la desconfianza social, que en nada invitan a la cooperación o al simple intercambio o intercomunicación personal”⁷.

Desde los estudios y valoraciones que se presentan en dicho informe, entresacamos las siguientes notas de interés:

- Entre nosotros existe una vivencia de lo público como lo que corresponde al Estado, pero ante lo cual los ciudadanos nos *des-responsabilizamos*. Jugamos la doble carta de lo público entendido como lo que es de todos, en la certeza de que, al final, no es de nadie.
- En general, poseemos una concepción del *nosotros* excesivamente estrecha; tanto es así, que “lo nuestro” de genera en “lo mío”: mis asuntos, mi familia, mis aficiones, el cultivo del pequeño huerto de Epicuro que todos llevamos dentro.
- Tendemos a depositar en el Mercado el protagonismo de hacer frente a los males de nuestra sociedad. En tiempos de Estado de mínimos en lo social, asistimos a la colonización del altruismo organizado por parte de determinadas esferas del mercado: el mecenazgo social y la fácil vinculación del mercado con la ética dejan la puerta abierta a nuevas concepciones de la tramitación de los asuntos públicos, que corren el grave riesgo de incentivar una ciudadanía des-afectada de los asuntos que son de todos.
- Constituimos, en fin, una ciudadanía débil y con escasa altura de miras. Apenas existe entidad suficiente para hablar en términos de sociedad civil organizada. Asistimos al declive de tramas relacionales y vecinales que han puesto nombre a la solidaridad primaria de este país durante muchos años.

⁶ Cfr. SUBIRATS, J. (ed.), *¿Existe una sociedad civil en España?*, Fundación Encuentro, Madrid, 1999, 52.

⁷ IBI., o.c., 28.

No es de extrañar, pues, que en asuntos de solidaridad, más que tramas organizadas y con presencia efectiva, contamos con una *sociedad civil virtual* compuesta por ciudadanos conmovidos, pero estáticos; portadores de tarjetas solidarias, pero importadores de consumismo ciego; “fans” de moda blandosolidaria, como súbito seguimiento al último precepto del mercado. Contamos, además, con una atomización creciente de la participación social que da lugar a un *asociacionismo de servicios* -en palabras de García Inda⁸, de perfil marcadamente socioasistencial, poblado de organizaciones y con escasa participación. En este campo de juego donde casi todo se confunde, hay que añadir que el voluntariado de acción social constituye una aportación más en esta sociedad civil tan revuelta. Ni el voluntariado es la vanguardia iluminada de la sociedad civil organizada ni tampoco hemos de minusvalorar su presencia significativa; constituye una aportación constructiva que camina “de a poco” y se enfrenta con la solidaridad de fognazo y decibelios. Se trata de una aportación sencilla y pequeña, porque esa es la realidad con la que contamos.

** Participar para cambiar las cosas*

Por otra parte, no hemos de ignorar que el cambio epocal que estamos viviendo no sólo es el anuncio de un fin sino la inauguración de un nuevo orden de cosas que entre todos hemos de diseñar y protagonizar. La participación solidaria puede contribuir a generar una nueva manera de estar en el mundo. La complicidad participativa que hunde sus raíces en su entraña solidaria, ha de ir más allá de los estereotipos y de las modas, para convertirse en cauce de expresión de una realidad injusta que se pretende cambiar, con modestia pero con firmeza.

Los ejes de esta participación solidaria serían, a mi juicio, los siguientes:

6.1.- *Resituar nuestra concepción de persona*, que vaya más allá del individuo atomizado y competitivo. La persona es una realidad dinámica en constante quehacer, que se caracteriza por ser:

- realidad individual: cada cual es un ser irrepitible, insustituible, de manera que la aportación histórica de cada persona constituye su haber absolutamente particular, aunque sea compartido.

- realidad comunitaria. Soy persona gracias a los otros, con los otros y desde los otros. Los otros modelan mi realidad personal. La relación me constituye y modela.

- realidad histórica: mi vida se hace hacia adelante. Desde la memoria, participo de un legado de valores, visiones del mundo, etc. que he heredado, pero que no estoy condenado a repetir. Desde la esperanza, participo de un futuro que modifica, cambia y

⁸ Cfr. GARCIA INDA, A., *La generalización del voluntariado, o la nueva militancia*, en MARTINEZ DE PISON, J. y GARCIA INDA, A. (coord.), *El voluntariado: regulación jurídica e institucionalización social*, Egido, Zaragoza, 1999, 114-115.

resitúa aquellas parcelas de la realidad recibida con los que no estoy de acuerdo o juzgo injustas.

- realidad vinculada a todo lo real. El ser humano participa de todo lo real, es una partícula viva en comunión con el planeta. No sólo se vincula a otras personas sino a toda fuente de vida. Todo refleja el rostro de todos; lo real es participacional; todo es responsable de todo, y si algo se quiebra, se quiebra el conjunto. Y desde ahí la persona se hace eco de las amenazas planetarias. Esta es la entraña profunda de la conciencia ecopacífica.

Desde esta visión, la realidad humana es eminentemente participativa, por ser una realidad-en-relación. La participación habrá que vincularla a los espacios que más humanicen, esto es, que más tengan en cuenta a la persona concebida y tratada como un fin y no como un medio. Este es el primer ejercicio de la participación personalizada: construir una comunidad de personas. Desde esta visión de las cosas, no sólo es necesario un nuevo concepto de persona, sino también de sociedad donde el horizonte de justicia, entendida como la defensa de los últimos, sea un referente activo. Desde aquí habrá que revisar nuestros equipos de acción donde conviven voluntarios y profesionales y preguntarnos por la calidad y calidez de esos espacios.

6.2.- *Configurar un nuevo sujeto histórico.* Si el valor de la igualdad ayudó a forjar a la burguesía como sujeto histórico de un proceso emancipador que logra establecer el sistema democrático. Si el valor de la igualdad puso en marcha al movimiento obrero y al proletariado en la consecución de reformas importantes en el capitalismo salvaje de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, habría que preguntarse qué sujeto histórico será capaz de poner en marcha de manera mancomunada el valor de la solidaridad, valor sin duda central en el nuevo siglo que hemos comenzado.

Cada vez con mayor fuerza la solidaridad, concebida como expresión de un valor ético que no acepta el desorden establecido, y que promueve el cambio social a distintos niveles y ritmos, constituye un referente compartido por numerosas personas y colectivos en nuestra sociedad. Insisto en lo de diferentes ritmos y niveles. Poniéndonos de acuerdo en los mínimos, no habría que forzar situaciones y deberíamos esforzarnos en respetar la diversidad. El médico cooperante que marcha seis meses a un país sumido en una cruel hambruna, pone la misma carga valiosa que la mujer voluntaria que un día a la semana trabaja como monitora en un grupo de promoción de la mujer, en su barrio. Siendo el valor de uso de cada acción el que es, es términos de producción de un servicio a una comunidad concreta, el valor de cambio -por el contrario- desborda al valor de uso en tanto que se trata de nombrar el mundo de las significaciones, de los bienes relacionales que cada acción provoca. Con frecuencia somos más sensibles a visualizar el valor de uso y perdemos el gusto por el valor de cambio -los bienes relacionales- que genera la acción solidaria. Más que las horas y días dedicados importa rescatar la relación creada, la transformación generada, la aportación insustituible.

La participación solidaria recrea un nuevo sujeto histórico que no consiste en un solo grupo social o en un exclusivo sector de la sociedad: jóvenes, mayores, mujeres, estudiantes, obreros. Más bien se trata de un amplio campo de la ciudadanía que vive con responsabilidad su solidaridad. La solidaridad es un territorio habitado por muchas familias. Sin duda, el llamado Tercer Sector o Tercer Sistema está llamado a poblar buena

parte de este territorio. Es el escenario de los mundos vitales: Organizaciones ciudadanas, de consumidores, de ayuda mutua, de afectados; organizaciones empresariales cuyo principio rector es el beneficio social; empresas de inserción social protagonizadas por colectivos desfavorecidos; cooperativas; movimientos sociales de diverso signo orientados a la defensa de la mujer de la paz, del medio ambiente, Organizaciones No Gubernamentales y, dentro de éstas, las organizaciones de voluntariado, constituyen un abanico de posibilidades donde la solidaridad aparece como elemento aglutinante de colectivos diversos. En estos momentos la solidaridad no se configura como bandera enarbolada por una vanguardia elitista que termina por secuestrar el valor ético que se propone; más bien aparece, a veces como suave brisa y, en otras ocasiones, como viento que desata acciones que afectan a muchas personas y colectivos, provocando la *metanoia* que conduce a pensar y a vivir de otro modo.

En el mundo del voluntariado de acción social, el sujeto histórico de la solidaridad no es sólo la ciudadanía organizada desde el voluntariado, sino el propio submundo de la exclusión, de las personas y colectivos que toman y retoman las riendas de una vida fracasada, de un ambiente hostil y de una estructura económica y social excluyente. El voluntariado encuentra su sentido en el servicio a los últimos; su identidad se encuentra referida a una alteridad que le demanda respuestas que no admiten espera. Desde esa alteridad que define a las organizaciones de voluntariado de acción social, los excluidos encuentran un puente de integración social y una posibilidad de vivir y convivir en solidaridad. Ello será posible cuando el propio mundo de las víctimas encuentre su camino de protagonismo y de defensa de sus derechos sociales y económicos, a través –en primer lugar- de las propias organizaciones sociovoluntarias que establecen con ellos procesos de inserción a largo plazo. El sujeto histórico de la solidaridad, entonces, será aquel que niega el determinismo del dominio todopoderoso de las fuerzas económicas y cree que la acción transformadora es posible; desde ese punto de vista, coincido con Alain Touraine en que “será preciso reconocer que las víctimas podrán convertirse también en agentes sociales, desde el momento en que son capaces de apelar a principios generales tales como el de la justicia o igualdad, susceptibles de reunir a su alrededor a otras fuerzas más mayoritarias”⁹. Habrá que facilitar a los propios excluidos su espacio vital en este entramado solidario, más allá de los movimientos esporádicos de protesta protagonizados por los *sin*: sin techo, sin papeles, sin empleo, sin patria, sin futuro... Los *sin* han de encontrar en los *con* verdaderos *cómplices* y *compañeros* de un camino que se antoja largo.

Se trata, por tanto, de configurar un sujeto histórico plural y cromático, por cuanto el canto de la solidaridad como sugiere García Roca, ha de ser necesariamente polifónico:

"El canto de la solidaridad será un canto sinfónico, abigarrado y mestizo, con melodías de muchas tradiciones; tendrá voces plurales, que emergerá desde el íntimo e irrenunciable poema del ser humano; no tendrá autor, sino autores, no será monocorde, sino sinfónico. Será un canto fragmentado en mil pedazos por los vaivenes agri dulces y continuos de la insolidaridad, por la presencia continua y constante del sufrimiento humano innecesario"¹⁰.

⁹ TOURAINE, A., *¿Cómo salir del liberalismo?*, Paidós, Barcelona, 1999, 11.

¹⁰ GARCIA ROCA, J., *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, o.c., 11.

Desde el ejercicio de la solidaridad vinculada a los últimos, este nuevo sujeto histórico reformula su identidad constantemente en términos de alteridad, de servicio próximo y político, al mismo tiempo, a los débiles de nuestro mundo. Este sujeto histórico no busca la relevancia o el ser numerosos, sino, en un primer momento, la clarificación. En efecto, la fragmentación y la variedad de formas de organizaciones solidarias ha de abrirse paso a un proceso de saneamiento al hilo de la misma vida y de los debates y posicionamientos que la misma vida nos pone a cada paso.

En este sentido, habría que apuntar que, hoy por hoy, este nuevo sujeto histórico está conformado por personas que mayoritariamente no actúan desde la experiencia de "sujetos afectados" o sufrientes de un mundo injusto, sino que lo constituimos ciudadanos normales, interesados por lo que acontece, sensibles ante el drama de nuestra humanidad y con las necesidades básicas cubiertas. De esta forma, se trata de un sujeto histórico que en parte se hace de cargo de una solidaridad de fuertes hacia débiles, una solidaridad que camina por la senda contraria a la de los propios intereses de grupo o de nivel social adquirido.

6.3.- *Practicar la solidaridad contra nuestros intereses.* Desde los últimos, la solidaridad camina necesariamente en dirección contraria a la defensa de nuestros intereses. Por eso y en medio de las contradicciones, el nuevo sujeto histórico tendrá que redefinir las necesidades humanas básicas y los satisfactores culturales que las cumplimentan. Tendrá que replantear nuestro umbral de calidad de vida y reajustar nuestras aspiraciones tanto a los límites y posibilidades como al respeto hacia la vida digna de los más pobres.

La solidaridad toca, cuestiona y transforma concepciones y hábitos muy arraigados entre nosotros. Ello exige romper con la ideología que defiende el crecimiento económico ilimitado y la imposibilidad de reducir nuestro nivel de vida, como si la cultura de la satisfacción, en términos de confort y calidad de vida medida y cuantificable, fueran asuntos sagrados que no admiten contestación; y lo son y así funcionan cuando esa cultura se ha fabricado en torno a la idolatría del dinero y del consumo.

Los voluntarios no han de ser ajenos a esta realidad. La solidaridad de la que se hace eco el voluntario ha de envolverle en un replanteamiento de estilos de vida, visiones de la realidad y –especialmente- de prácticas solidarias cotidianas que vayan más allá del espacio y del tiempo de la acción voluntaria concreta. La solidaridad que camina contra nuestros intereses, como ciudadanos que pertenecemos a un mundo injustamente rico, se articula a lo largo de las siguientes implicaciones:

- a) *Cambio de mentalidad* y aceptación cordial de la urgencia de cambiar nuestra visión planetaria y su incidencia en nuestra vida cotidiana. En términos geoestratégicos, en efecto, para que el Sur realmente exista y ello deje de ser una bella metáfora, el Norte debe decrecer en términos de riqueza y de poder acumulado. En otras palabras, más claras sin duda, Pedro Casaldáliga desterraba los dogmas tan occidentalistas como ciegos de la cultura de la satisfacción, y nos ofrecía su visión de la situación:

“Sólo en la medida en que el Primer Mundo deje de ser Primer Mundo, podrá ayudar al Tercer Mundo. ¡Para mí esto es dogma de fe! Si el Primer Mundo no se suicida como Primer Mundo, no puede existir “humanamente” el Tercer Mundo. Mientras haya un Primer Mundo habrá privilegio, exclusión, dominación, explotación, lujo y marginación. Si vosotros en el Primer Mundo no resolvéis ser un Mundo humano nosotros no podemos serlo. Porque hay un solo mundo”.¹¹

El “suicidio” al que apunta Casaldáliga ha de hacernos pensar que de lo que se trata es realmente de provocar una auténtica *metanoia* o conversión radical en esquemas mentales, actitudes vitales y prácticas cotidianas. No se trata de renunciar por renunciar sino de encontrar nuestras verdaderas fuentes de sentido existencial, aquellas capaces de acercarnos al gusto de una vida plena al tiempo que sencilla. Se hace urgente poner en marcha una nueva escala de valores que rompa con la lógica del crecimiento indefinido, de la productividad y de la eficacia a cualquier precio.

- b) *Reducción de nuestro umbral de aspiraciones* o, expresado de otro modo, ajustar nuestras aspiraciones a los límites y posibilidades que encierra nuestro entorno y el respeto a la vida digna de los más pobres. Esto se concreta en el abandono de la lógica mercantil que se desarrolla mediante el consumismo exacerbado. Se impone, entonces, cambiar patrones de comportamiento, hábitos de consumo, maneras de entender eso que llamamos calidad de vida y que nos saneen respecto de la patología de la abundancia que actualmente padecemos. Se trata de hacer la transición desde *el más es mejor para mí* al *suficiente es mejor para todos*. Esta transición sólo es efectiva y auténtica cuando la nueva civilización de *la austeridad compartida* –según la expresión de Jon Sobrino- se vive como liberación y conciencia de humanización y no como frustración o sacrificio neoburgués. La austeridad deseable por razones solidarias no puede asimilarse a una pobreza impuesta; habrá que desarrollar mecanismos de sensibilización y educación a la ciudadanía para que desde la opción libre se logre atisbar la dimensión plenificante de un cierto vaciamiento cuantitativo de bienes y servicios que actualmente disfrutamos.
- c) *Anteponer las necesidades sociales a las individuales*, lo cual lleva a una nueva comprensión de cuáles son realmente las necesidades humanas básicas, distinguiéndolas de los satisfactores múltiples que las diversas culturas van elaborando. Deberíamos fomentar la reivindicación de lo que es y pertenece a todos; demandar sanidad y educación mejor para todos, proteger los espacios forestales, solicitar parques públicos, exigir modelos urbanísticos que favorezcan los espacios de encuentro, pensar en clave sociocomunitaria, tomar conciencia de lo mucho que falta por movilizar en el terreno de las conquistas sociales y lo mucho que cada cual ya ha ganado en el terreno de las aspiraciones individuales materiales, por otra parte, siempre insatisfechas.

¹¹ CASALDALIGA, P., Entrevista en EXODO 5 (1990), 20.

- d) *Sumarse a iniciativas que rompan la brecha Norte-Sur* y que edifiquen la verdadera comunidad de personas. En este tiempo hemos tenido la posibilidad de unirnos a la campaña en favor de la condonación de la deuda externa de los países empobrecidos. Existen otro tipo de campañas como las que apuntan a la creación de la “tasa Tobin”, con el fin de gravar las transacciones financieras internacionales, o las que diseñan estrategias de presión ante los grandes foros donde los Estados o las grandes empresas multinacionales dictan sus planes a escala planetaria. En estos casos, la acción colectiva realizada desde las redes de solidaridad vecinal, sociovoluntarias o de cooperación al desarrollo constituyen una oportunidad que día a día ha de cobrar mayor protagonismo y está llamada a vertebrar buena parte de la sensibilización de la ciudadanía que, sin participar activamente en grupos o movimientos de solidaridad, no es ajena a la marcha de un mundo que camina en una dirección simplemente equivocada e injusta.
- e) *Desobedecer en la plaza del mercado* y saber decir No a las marcas-empresas que colaboran en la explotación infantil, en la contaminación desenfrenada, etc. Esta línea de actuación gusta de los espacios micro, de los pequeños grupos donde unos a otros nos animamos a realizar estas pequeñas iniciativas a escala local. Estos gestos van dando lugar al esbozo de una verdadera economía moral que antepone el bien común y la defensa de los más débiles sobre cualquier otra consideración productivista. La cultura de la disidencia en la plaza del mercado se emparenta con la cultura de la suficiencia, según la cual importa más el valor de uso de los productos que la posición social en la que se coloca el consumo de ese producto.

6.4.- *Radicalizar la democracia.* Nos encontramos ante un modelo vigente de *democracia elitista*, de tradición liberal y basada en la primacía de la economía, y en la satisfacción de los fines privados. Todo ello se cimienta en un individualismo feroz y marcadamente competitivo. Pero este modelo no responde a una forma concreta de articulación de un Estado (el español, por ejemplo); es un modelo político al servicio de la globalización económica. En este modelo los ciudadanos somos masa que vota cada cuatro años y el núcleo duro de esta democracia es intocable: búsqueda del beneficio y utilización del criterio economicista, mantenimiento de la desigualdad económica y social entre los integrados y los excluidos; mantenimiento de la desigualdad política entre los expertos y la masa votante.

La participación solidaria debe enmarcarse en la tradición comunitarista de la *democracia participativa*, donde lo político en términos de afectación por la dirección de la polis, de desarrollo de una sociedad justa y de sentido de pertenencia a la comunidad, sean señales claras de ese modelo de participación.

La participación solidaria debe abrirse a espacios de encuentro con el poder político y económico, no como comparsa neoliberal, sino como posibilidad de incidir y de transformar, de generar políticas que se ajusten a la defensa de los últimos. La mera existencia de nuevos agentes que influyen decisivamente en la vida y desarrollo social obliga a una profundización en los principios democráticos, para que progresivamente esta democracia sea más real y menos formal. En este sentido, la participación solidaria

se articula en democracia participativa desde el criterio de la *complementariedad* (pues la solidaridad no tiene un único propietario) pero sin desprestigiar el criterio de la *disidencia* frente al orden establecido y frente a la cultura de la satisfacción (también al interno de las organizaciones de solidaridad).

6.5.- *Renovar las formas de presencia.* La participación solidaria está en manos de los medios de comunicación de masas. Nos han hecho creer que la solidaridad se ejerce desde el sillón, desde el mando a distancia, desde la llamada telefónica para enviar un donativo. Es mejor ser generosos que su contrario; pero la solidaridad es otra cosa.

Hemos de recuperar *la calle* como lugar de reivindicación, de protesta y también de encuentro y de contemplación. La calle no sólo es el espacio de expresión lúdica y festiva cuando llegan las fiestas locales; en muchos de nuestros pueblos y ciudades se han hecho actos públicos durante el año 1999 a favor de la condonación de la deuda externa; aún quedan pancartas en los parques donde se han realizado concentraciones por este motivo, donde queda constancia de una presencia pública reivindicativa. En esta misma dirección es preciso recuperar el sentido de la *movilización* y de la *provocación* desde las urgencias y demandas de cada uno de los colectivos de excluidos con los que estamos, desde la vinculación de lo local con lo global. No se trata de arrancar adoquines ni de levantar barricadas sino de hacernos presentes y de expresar que también nosotros anunciamos algo nuevo, como cantaba Gabriel Celaya. En las últimas cumbres internacionales de Seattle o de Ginebra las organizaciones no gubernamentales se han hecho presentes en la calle.

Así lo pusieron de manifiesto las ONG participantes en la Cumbre sobre Desarrollo Social, celebrada en junio de 2000 en Ginebra. Era un foro organizado por la O.N.U. para revisar y debatir los acuerdos de la pasada cumbre que sobre el mismo tema se celebró en 1995 en Copenhague. En esta nueva reunión -pareciera que los grandes sólo son amigos de reuniones- las Naciones Unidas avalaron las recetas liberales del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, responsables en gran medida del fracaso en la lucha contra la pobreza y del incumplimiento de los acuerdos de la pasada cumbre de Copenhague. Antes esta situación, las ONG presentes elaboraron una nota de prensa entre la que llama la atención lo siguiente:

"Las ONG nos ratificamos en que sólo los temas que cuentan con el respaldo de la movilización ciudadana tienen posibilidades de llegar a la agenda internacional. Aun así, se enfrentan a poderosas resistencias. Por eso, es fundamental reforzar la presión social solidaria. Las ONG nos comprometemos a mantenernos activas y vigilantes para que los compromisos de la lucha contra la pobreza que pueden tener efectos positivos se cumplan y para que los viejos y nuevos errores se rectifiquen"

Y en esta presión han de participar tanto los voluntarios como los dirigentes de las entidades solidarias y ONG. La nueva forma de presencia del voluntariado comienza por estar informado y por tomar parte en cuantas iniciativas de apoyo surjan para defender la causa de los más desfavorecidos, que es la misma causa del voluntariado.

Así las cosas, hemos de hacer urgentemente la transición de la participación-paraguas, que contiene las aristas de la exclusión social, a la participación-manguera

que riegue y purifique la calle. Es cierto que tras los años de la transición política española, y la consiguiente decepción acerca de las bondades de la nueva situación creada, la reclusión en la vida privada y en el coto cerrado de las pequeñas cosas ha presidido buena parte de la monótona vida de la ciudadanía bienestante. Al decir de un cantor de nuestro tiempo, hijo de la transición, Ismael Serrano:

Fue muy dura la derrota
todo lo que se soñaba
se pudrió en los rincones
se cubrió de telarañas.
Y ya nadie canta *Al vent*,
ya no hay locos, ya no hay parias.
Pero tiene que llover
aún sigue sucia la plaza.

La plaza no sólo necesita ser ocupada por el divertimento y la fiesta, sino que debe ser el recordatorio de lo que aún queda por hacer, de que aún sigue sucia la plaza de la convivencia y de la concordia.

6.6.- *Actualizar nuestra caja de herramientas conceptual.* La participación solidaria necesita renovar su discurso, porque el lenguaje y los mensajes de los Movimientos sociales clásicos ya no poseen el vigor de otras épocas. En otros casos habrá que comenzar a elaborar y tejer ese pensamiento. El sector solidario anda huérfano de pensamiento. Las Administraciones públicas, el Mercado o la universidad cuentan con un pensamiento mínimo sobre este sector social; un pensamiento que en unas ocasiones enfatiza el fenómeno sociológico del voluntariado, en otras lo trata como nuevo yacimiento de prestigio social, en otras como un valor moral en alza; todos opinan y generan reflexión, excepto los interesados, excepto los voluntarios, las organizaciones que les estructuran y los destinatarios a quienes pretenden servir. Reflexionar en la acción y formular nuestro pensamiento desde la acción nos ayudará a re-conocernos, nos aportará fundamentos antropológicos, éticos, económicos y políticos de los que estamos escasos.

El pensamiento no es un libro acabado, sino un ejercicio siempre constituyente; sólo existe "hacia", en tensión dinámica y direccional; nada más ajeno al pensamiento que encapsularlo en un estanco inmóvil. Con Jean Lacroix estimo que el pensamiento no se puede encerrar en cada una de sus construcciones; es un pensamiento provisional, pero no por ello débil; que emana de la acción y se hermana con la acción, sin necesidad de situarnos en la disyuntiva: o pensamiento o acción. No pensamos para pensar sino para actuar y reencontrarnos mediante ese actuar con nuestro propio dinamismo vital, con la verdad de nuestra realidad y de la realidad que vamos laborando día a día. Así, la autenticidad será el precipitado de la tensión entre pensamiento y acción, que posibilita nuestra constante construcción como personas y la edificación de una sociedad más justa. Lo propio de las sociedades totalitarias es la ausencia de pensamiento. Lo mismo puede ocurrir en las organizaciones donde no fluye el pensamiento o donde éste no se puede expresar con libertad. La ausencia de pensamiento genera la consolidación del *idiota moral*¹² (Norbert Bilbeny), caracterizado por dos rasgos complementarios: la falta de sensibilidad para lo social (apatía moral) y la carencia de pensamiento propio. Pues bien, si no queremos caer en la sociedad de la apatía moral, o en lo que es lo mismo, en la generación del monstruo de nuestro tiempo, a saber, el idiota moral, nos queda la posibilidad de pensar con urgencia, de reflexionar a partir de nuestra praxis. El voluntariado no puede entenderse como una sucesión de actividades repletas de generosidad, sino que debe encontrar su difícil acomodo en la tensión que parte de la acción y se reubica en la reflexión, trazando así una acertada carta de navegación que avisa sobre la pertinencia y la dirección de la travesía emprendida. Por otra parte, igual que planificamos con los que planifican, gestionamos con los que gestionan, aprendemos a movilizarnos con los que se movilizan, sería conveniente aprender a pensar con los que piensan (en otras organizaciones, en el mundo universitario, intelectual, etc.). No es un desdoro para quien anda sumergido en la acción social, dotarse de sólidas perchas con las que entenderse mejor y con las que ir más lejos en la capacidad de incidir en la realidad.¹³

6.7.- *Recuperar la rebeldía*. La participación, si es solidaria y se hace eco de las víctimas de nuestro mundo, no puede dejar de ser una participación encarnada por sujetos rebeldes. La rebeldía es un contravalor en des-uso, que se equipara a cierta militancia que ha de pertenecer necesariamente a otro tiempo y a otro lugar. Por el contrario, es preciso el cultivo de la rebeldía en tanto que actitud de anticonformismo radical frente a la ideología de lo inevitable y al inmovilismo histórico.

No somos observadores neutrales ni imparciales; nos mueve la parcialidad del rostro sufriente y de las heridas que condenan a los más empobrecidos a no disfrutar de los medios necesarios para vivir con dignidad. No nos basta con comprobar que las cosas están mal, no nos basta con analizar una realidad injusta. El compromiso solidario radica en la intervención liberadora sobre esa realidad injusta y cruel. Siguiendo a Freire, soy de la opinión de que: "No es en la resignación en la que nos afirmamos, sino en la rebeldía frente a las injusticias"¹⁴.

¹² Cfr. BILBENY, N., *El idiota moral*, Anagrama, Barcelona, 1995, 73 y ss.

¹³ Sobre el papel de los intelectuales en los movimientos sociales y de solidaridad puede verse: ARANGUREN GONZALO, L., *El intelectual y los movimientos sociales*, en ESQUIROL, J.M., y TORRALBA, F. (eds.), *Perplejidades y paradojas de la vida intelectual*, Caparrós, Madrid, 2000.

¹⁴ FREIRE, P., *Pedagogía de la autonomía*, o.c., 76.

Ante los profetas del fin de la historia y los líderes de la ideología de lo inevitable sólo nos cabe la rebeldía, no como arma de contestación, sino como autocomprensión personal de que somos seres inacabados y como forma constructiva de participar en un mundo que no es el mejor de los posibles.

Quienes navegamos por el océano de la acción social embarcados en nuestro frágil voluntariado estamos convocados no por la resignación ni por el entretenimiento, sino por la rebeldía de quien se enfrenta a los vendavales para buscar en ellos la oportunidad de navegar con estabilidad. Merece la pena pelear con la realidad para hacerla más habitable; merece la pena ser rebelde para extraer de nuestras parcelas de acción cotidiana posibilidades de crecimiento humano y de transformación social.